

# LETRAS

letrillas

# LETRONES

## POLÍTICA

### Venezuela en su laberinto

“Una cosa es ganar las elecciones y otra cosa es ganar los escrutinios”, solía decir Anastasio Somoza.

Mientras escribo estas líneas, la Junta Electoral Nacional de Venezuela realiza una auditoría de ciento cincuenta mesas escogidas al azar, para comparar los datos consignados en las actas del referéndum revocatorio del 15 de agosto con el contenido de los comprobantes de votación. Aunque ya los observadores internacionales de la OEA y el Centro Carter han avalado los resultados anunciados y la victoria de Hugo Chávez, se busca aún disipar las dudas suscitadas por el escrutinio y acabar con las acusaciones de fraude que han llovido desde las filas de la oposición. Por desgracia, no creo que esta auditoría consiga calmar los ánimos. Caracas es un hervidero de rumores y parece

mucho más probable que se produzca una nueva ola de protestas, reclamaciones y marchas similar a la que ya tuvo lugar en febrero y marzo pasados. Como se recordará, las contradicciones y arbitrariedades de las autoridades electorales a la hora de validar las firmas necesarias para solicitar el referéndum engendraron entonces un clima de tensiones que se tradujo en once muertos y la tardía y vergonzosa rectificación de los errores que se habían cometido durante el proceso de cómputo. No es mejor el momento que se vive ahora, después de que se hiciera público el triunfo del presidente con los 4,917,279 votos (57.83 %) que le permiten conservar su cargo, frente a una oposición que sólo recabaría 3,584,835 votos (42.16 %). Más allá o más acá de la rabieta del mal perdedor, persiste la sospecha de fraude entre los oponentes a causa de la presencia de inquietantes irregularidades en los números de las máquinas electrónicas y también por ciertas actitudes que mal se avienen

con la idea un impecable desarrollo de la consulta. Así, en las columnas de los periódicos y en los programas de televisión o de radio, se denuncia la manera intempestiva y parcial en que se anunciaron los primeros resultados (dos de los cinco rectores electorales se negaron a firmar el boletín) o una mediática explosión de júbilo popular ante el palacio de gobierno que no tuvo eco alguno en las vastas barriadas que, en principio, habían votado masivamente por Chávez.

¿Quimeras, engendros de una derrota mal digerida? Quizás, pero no habría que olvidar que a los venezolanos les sobran razones para desconfiar de sus autoridades electorales o para mirar con recelo las puestas en escena del pueblo victorioso a las que es tan afecto el comandante presidente. A mi modo de ver, son mucho más serios los dichos de los analistas políticos a los que les resulta muy difícil entender que, tras cuatro años de un gobierno caótico, Chávez haya logrado incrementar su caudal electoral en casi un 33% mientras que la oposición, después de luchar a brazo partido para obtener el referéndum, sólo consigue crecer un 3%. Todos los pronósticos anunciaban márgenes mucho más apretados. ¿Y cómo explicar, en un contexto tan polarizado y con una afluencia de votantes que asombró a nacionales y extranjeros, una cifra de abstención que, según los últimos boletines, superará el 30 %? Preguntémos otra vez si no serán vanos espejismos, pero constatemos también que la reacción sumamente prudente de las cancillerías de Francia y Estados Unidos antes de reconocer el triunfo de Chávez, constituye un signo bastante fiable de que ha habido lugar a duda y de que, en el fondo, no se puede tener un muy alto concepto de la probidad de las instituciones y el gobierno del presidente venezolano.

Tampoco la prensa internacional más seria ha saludado los resultados sin reservas. Ya estamos afortunadamente lejos de la época en que, después de un sonado artículo de García

Márquez, no había periodista que no sintiera como una extraña fascinación por Chávez que le impedía ver en él a un mero caudillo neopopulista. Al igual que *El País*, *Le Monde* atribuye el triunfo de nuestro presidente no ya a sus revolucionarias políticas sino a la especial coyuntura de los mercados petroleros que ha hecho posible que Venezuela, tras dos años seguidos de recesión (-8,9 % en 2002 y -9,2 % en 2003), conozca de pronto un rápido crecimiento en 2004. Para entender lo que ha ocurrido, basta imaginar que el presupuesto actual fue calculado sobre la base de un barril a 20 dólares y se ha llegado ya a un precio de 46 dólares. Con esos recursos extraordinarios, el gobierno chavista ha podido inyectar, desde la primavera, más de tres mil millones de dólares en sus programas sociales (un aumento de más del 100 % con respecto a años anteriores) y, como nunca antes, ha distribuido becas, alimentos, créditos y ayudas entre los sectores populares. Por supuesto, la tasa de desempleo sigue siendo altísima (entre el 20 y el 30 %), la creación de puestos de trabajo es casi nula y la inflación se acumula mes a mes, de suerte que los efectos de las políticas sociales apenas representan un corto alivio. Pero hay más: a pesar del maná petrolero, las cuentas públicas están constantemente en rojo y el Estado sigue endeudándose y realizando cuantiosas emisiones de títulos y colocaciones de papeles del Banco Central de Venezuela. Se calcula que, gracias a ellas, las ganancias netas de la banca han experimentado en unos meses un vertiginoso aumento de un 52%. Creo que no hace falta ir más lejos. Y es que da pena. Lo cierto es que así se ha financiado la millonaria campaña del referéndum revocatorio en favor de Chávez y así avanza la revolución bolivariana llevando a Venezuela... a la quiebra.

¿Y ahora qué? Si se despejan las dudas y se confirman los resultados, Chávez podrá seguir en el poder hasta enero de 2007 y nuestro país tendrá que prepararse para atravesar dos años muy difíciles no sólo desde un punto



Comandante presidente de Chavezlandia.

de vista económico sino también político y social. No es difícil imaginar que el chavismo tratará de extender su control a las instituciones que aún se le resisten y acabará colocando, bajo la égida del Ejecutivo, todo el aparato del Estado. Tampoco resulta arriesgado conjeturar que se seguirá ahondando el foso de la miseria donde crece una clientela electoral que dependerá cada vez más de las ayudas públicas y las “misiones bolivarianas” (los programas paternalistas de salud, alfabetización, alimentación y empleo del chavismo). Pero esta política, como es obvio, tiene sus límites en la misma coyuntura que la hace posible: el mercado petrolero. La oposición venezolana lo sabe y tendrá que aprender a jugar con el poder del tiempo mientras llega otra vez su momento, acaso en las elecciones de alcaldes y gobernadores que se acercan. Por de pronto, su misión principal será defender a capa y espada las libertades democráticas frente al autoritarismo chavista, impulsar un nuevo liderazgo que hasta ahora ha brillado por su ausencia y plantear un proyecto de país lo suficientemente amplio, solidario e innovador como para compe-

tir con la utópica Chavezlandia.

Para el resto de América Latina, el triunfo de Chávez tampoco augura nada bueno: Castro seguirá recibiendo sus 53,000 barriles diarios y transformando a Venezuela en cabeza de puente para sus planes de desestabilización continental; los cocaceros bolivianos y los guerrilleros colombianos, parte de esta estrategia, podrán seguir contando con el apoyo abierto o discreto de Caracas; en fin, todos los países de la región estarán expuestos al contagio de una ideología neopopulista que, por sus orígenes bolivarianos, tiene una clara vocación internacio-

nalista y sin lugar a duda tratará de inmiscuirse, a través de los servicios exteriores venezolanos, en los asuntos internos de otras democracias recientes, como la peruana o la mexicana. No en vano, en mayo pasado, nuestro embajador tuvo que presentar excusas ante la cancillería mexicana después de excederse en sus opiniones sobre López Obrador en medio de la crisis de los videos.

Vigilar a Chávez ya no es sólo un deber de los venezolanos sino de todos los demócratas en nuestro continente. Empecé con una cita de Somoza pero terminé con otra de Camus: “En política se puede perder y tener razón; pero, a la larga, siempre es mejor tener razón.” —

— GUSTAVO GUERRERO

## GASTRONOMÍA

### *Els pets esfèricats*

Hay japoneses que vuelan de Kyoto a Girona con un solo objetivo: bajan del avión vestidos de veranillo y sin perder el paso ni el tiempo montan un taxi y con una sonri-

sa mansa, como si no acabaran de chuparse un millaje in-noble, le dicen al chofer que los lleve al Bulli, ese restaurante mundialmente famoso del que se ha escrito todo, excepto una consecuencia que ya iré planteando en estas líneas. El Bulli, ya se sabe, está a más de ciento cincuenta kilómetros de Barcelona, justamente al final de una carretera estrecha y serpenteante que baja hasta la cala Mont-



El Bulli: escenario del crimen.

joy, en la Costa Brava; esto lo anoto para ilustrar que ahí no se llega más que a mansalva y con la disposición de someterse a la cocina excéntrica del chef más famoso del mundo. La cosa empieza en la terraza, donde se sirven entrantes y aperitivos: mojito de pomelo y albahaca; lazo de remolacha con polvo de vinagre y yogur; pétalos de manzana y flor de apio; macarrones de pórex; caviar de melón y una empanadilla transparente, de eucalipto y grosella, cuyo desconcertante aspecto es el de una bolsa de plástico con una fruta dentro —quiero decir desconcertante para mí, no sé si para los japoneses, que están habituados a la excentricidad, que saben que la música viene de los karaokes y que una habitación de hotel no debe exceder las dimensiones de un féretro. Pero la verdad es que había más que japoneses en aquella terraza con vistas estupendas y brisa mediterránea, había de todo, hasta un mexicano siniestro, de gahné y sin calcetines, que llegó por mar del brazo de una mulata que había embarcado en La Habana.

De aquella terraza pasamos al interior, a la cena en forma, inmediatamente después de un agua de piña de pino que era, cuando menos así lo percibí, como beberse un árbol. Con aquel árbol adentro entendí lo que ahí empezaba a pasar, y hallé incluso un interés retrospectivo por el macarrón de pórex que acababa de comerme de manera mecánica, sin reparar en el desafío que suponía ese bocado donde batallaban, en igualdad de fuerzas, el

sabor y la estructura que le daba forma. El interior del Bulli es de una normalidad que dejó fríos a los japoneses que viajaban desde Kyoto y al mexicano que viajaba sin calcetines, una normalidad necesaria, supongo, para que no interfiriera con lo que va a comerse. El resto de la concurrencia, no cabe mucha, eran españoles, franceses y una pareja de ingleses trabajando para alguna publicación de cocina. Uno comía y decía su opinión ante el magnetófono que sostenía, sin probar bocado, la otra. El primer platillo de esa cena en forma fue un aire de zanahoria con coco amargo, uno de los desafíos estructurales del chef Adrià: los aires, que a lo largo de la cena se fueron ampliando hacia la criogenización y, más que nada, hacia la esferificación, dos conceptos que ya explicaré más abajo para no interferir con la aparición del siguiente platillo, que fue el *summum* de lo aéreo: un globo untado de esencia de flor de azahar que había que oler, a lo largo y a lo ancho, antes de que el camarero cortara la punta con una tijerita y nos indicara que inhaláramos el aire que escapaba de adentro, que era también de azahar pero más intenso y que nos dejó listos para acceder al siguiente nivel, que era una sopa de aceite con cítricos, aceituna verde y flor de azahar, esa florecilla modesta que en menos de tres minutos olimos, inhalamos y masticamos, y que nos dejó el sistema digestivo como un prado con flores y pino bebido, el territorio ideal para implantar los gnocchi de calabaza con su aceite, cítricos y especias

de Córdoba, un platillo construido con la técnica de la esferificación, a saber: una pasta casi líquida de calabaza contenida dentro de una película transparente, donde la calabaza sabe poco para poner de relieve la delicada arquitectura del platillo. O bien: un continente esferificado que al momento de ser perforado por un diente produce una catarata de calabaza fresca que corre por la boca y se despeña cuerpo abajo por las compuertas glóticas. Detrás de esa catarata baja también esa cubierta esferificante que al cabo de unas horas, como más tarde pude comprobar en mí y en los que iban conmigo, produce una revolución en el sistema digestivo. Después vinieron las oscuras con cinta ibérica y emulsión de pistache, el huevo de espárragos al falso tartufo y el Niguirí de navaja con spray de jengibre. A estas alturas, además del mojito y del agua de piña de pino, ya se había bebido cava, vino blanco y un par de tintos del Priorat de diversas espesuras, una escalada alcohólica que va situando a los comensales en un nivel de temeridad imprescindible para atacar tanta excentricidad, y que en esa noche específica había logrado transfigurar en violentas carcajadas la risa mansa de los japoneses (quizá algo de *jet lag* también había) y en babero el gahné del hombre sin calcetines. Así que, con el Bulli perfectamente entonado, llegó la zona dura del menú de Adrià: mollejas de conejo, alcajenques *trinxat* y aire de regaliz (nótese que aquí va más aire y súmese al del globo); espárragos de trigo



con pasta marroquí, gelée de yogur y mato; *espardenyas* al puré de limón (una obra maestra que a la primera mordida me provocó una alucinación: un ángel con barbas de Neptuno que se posaba, durante una fracción de segundo, sobre la mesa); y una ventresca de cabrito a los aromáticos (gran *finale* en pecado mortal por rendirse, sin ninguna reserva bíblica, ante el vellocino de oro). Después de la ventresca el restaurante daba vueltas. Pedí una reposición de agua de piña de pino para procurarme otro árbol y comprender, protegido en su sombra, que al Bulli no se va a cenar sino a mirar y a degustar la obra de un artista. Luego vinieron los postres: esférico de té (más esferificación) con granizado de limón; tortilla de leche; lágrimas de naranja y coulant-nitro-fruta-de-la-pasión, este último pasado por ese proceso que ya habíamos mencionado, el de la criogenización, que consiste en congelar un sabor en determinado instante para después regresarlo a la vida por medio de una humareda helada y blanca. Luego el café, la cuenta y un paseo largo a la intemperie para ir digiriendo la experiencia y, sobre todo, la materia novedosa que había caído, por primera vez, en nuestro tejido digestivo. Yo ya desde ahí comenzaba a sentir, con la brisa del mar refrescándome la cara, ciertos movimientos peristálticos, si no anómalos sí ligeramente subidos. No había ruidos gástricos ni rechinos de tripas, más bien se trataba de un rumor permanente que fue consolidándose. Dos días más tarde, ya sin rastros de peristalsis pero todavía con un eco del rumor y luego de haber celebrado un par de deposiciones espumosas, entré en un periodo agudo de ventoseo que al principio me pareció normal pero que, al cabo de un rato, ya no tanto, pues empecé a notar que los vientos que iba produciendo eran inocuos mientras no pegaran contra un obstáculo, porque en cuanto lo hacían algo en ellos se activaba y adquirían, en un instante, todo su rigor. Una observación más detallada del fenómeno que efectué entre las

estaciones Muntaner y Tres Torres del metro barcelonés, más los severos cuestionamientos que apliqué a los amigos que me habían acompañado aquella noche, me hicieron concluir que la estructura de aquellos alimentos se había troquelado en nuestras esopras digestivas y que ahora esa estructura se reproducía, de manera aleatoria y desde luego *ad libitum*, en nuestro ciclo digestivo. Así, a la espuma del segundo día siguieron los vientos esferificados del día siguiente, una ventosidad encapsulada en una membrana esferificante que pasaba insensiblemente de largo hasta que chocaba contra una pared, un vagón o, perdonen ustedes, una persona, así fue, y así es, porque ahora esferifico mientras escribo estas líneas y aguardo con recelo el momento en que una humareda helada y blanca me recorra el tracto y me avise que he llegado a la fase de la criogenización. —

— JORDI SOLER

## MÚSICA

### Por siempre Dylan

Es una cálida noche del verano 2004 en Barcelona y Bob Dylan acaba de estrenar el tramo español de su infatigable Neverending Tour —subtitulado esta vez con el nombre de Avallon Ballroom Tour—, y ahí está el verdadero judío errante: cantando, con voz crocante y las garras sobre el teclado de un piano, aquello de “Ella me mira a los ojos y sostiene mi mano y me dice ‘No puedes repetir el pasado’, y yo le digo ‘¿No puedes? ¿Qué quieres decir con no puedes? Por supuesto que puedes.’” Y el modo en que Dylan interpreta esta canción —titulada “Summer Days” e incluida en *Love and Theft*, uno de los *party-records* más bizarros de la historia— es la mejor y más incontestable evidencia del asunto. “Summer Days” fue grabada en 2001 y salió a la venta aquel apocalíptico y milenarista 11 de septiembre en que los



aviones se estrellaban contra los edificios; pero igual podría ser parte de un viejo disco de pasta de principios de siglo o llegarnos desde el futuro mecida en el viento de los rayos z o algo así. Ahora, en vivo y en directo, suena como el regocijado grito de victoria de un artista sobreviviente a todo y a todos.

Bob Dylan ha conseguido lo que muy pocos: vencer al tiempo, escapar de la tiranía absurda de modas efímeras y —como alguna vez escribió para las *liner-notes* de *World Gone Wrong* (1993)— “aprender a avanzar atrasando el reloj”. Así —por suerte para nosotros, aunque lo haya hecho nada más que por él— Dylan se las ha arreglado para empezar y terminar en sí mismo. Eso que —a la hora de la síntesis y de la comodidad— se conoce como *clásico*.

Dylan lo supo hace unos veinte años, en una noche de niebla durante un concierto en Locarno, Suiza. Ahí tuvo una epifanía: comprendió que de allí en más su vida y su obra pasarían por la carretera, por no dejar de girar, por salir todas las noches que se lo permitieran su cuerpo y mente a un escenario en alguna parte del mundo y —la expresión verbo es suya— “hacer entrega”. Cuando le preguntan el porqué de esta conducta extrema, Dylan se encoge de hombros, sonrío y explica: “A muchos artistas no les gusta la carretera, pero para mí es algo tan natural como el respirar. Es el único sitio donde puedes ser lo que quieres ser. No hay canción que suene dos veces igual. Imposible aburrirse.” Y no miente: los conciertos de Dylan —lo sabe cualquiera que haya tenido el privilegio de estar allí— poco y nada tienen que ver con el prolijo ejercicio de la nostalgia de un McCartney o la sórdida desesperación a la Dorian Gray de los Rolling Stones. Dylan se entretiene deformando sus clásicos, reinventándolos *in situ*, desconcertando a sus propios músicos con súbitos solos de armónica o soltándose a inesperados bailecitos sin mirar ni una vez al público, siempre medio escondido debajo de un sombrero de ta-  
húr de *western*. Para Dylan —como



Dylan: el que atrasa el reloj.

para el agente Mulder— la verdad está ahí afuera y él es el definitivo y definitorio Expediente X en la historia del rock: un objeto volador no identificado pero fácilmente reconocible cada vez que tenemos la suerte de ser abducidos por él.

Y una —otra— cosa está clara: Dylan es el principal desarticulador de su gloria, le gusta pisotear los laureles que a cada rato le ponen en la cabeza, y parece divertirse mucho a costa de sus apólogos desconcertándolos (el último de ellos, el muy respetable académico Christopher Ricks, acaba de publicar el indispensable *Dylan's Visions of Sin*, volumen de más de quinientas páginas donde, justicieramente, se compara al juglar de Duluth con el bardo de Stratford-upon-Avon) con acciones casi terroristas como grabar una publicidad televisiva para la línea de ropa íntima femenina Victoria's Secret, organizar una próxima gira veraniega “para toda la familia” por pequeños campos de beisbol americanos bajo el nombre de *The Bob Dylan Show*, aparecer en algún episodio de la comedia *Dharma and Greg*, y —aunque ustedes no lo crean, acabo de enterarme— juntarse a componer canciones con Gene Simmons, del grupo Kiss. Hace poco se lo vio casi dormido al recibir un título honorario de la St. Andrew's University. Y —más allá de llevar ya un tiempo jugueteando con su autobiografía— nada parece interesarle

la posibilidad cada vez más coartada de que le espera el Nobel de Literatura cualquier octubre de estos. En resumen: Dylan hace lo que se le da la gana, está más allá de todo y de todos —Ricks incluido— y lo justifica la coartada en aquel verso de aquella canción suya: “Para vivir fuera de la ley tienes que ser honesto.”

Por encima de lo que piense Dylan, Ricks tiene razón en algo: somos muy afortunados de que la vida de Dylan ocupe el mismo tiempo y espacio que la nuestra. Llegarán los años en que seremos más viejos pero, también, más felices por el simple hecho de haber estado allí y gozar de la admira-

ción de los amigos de nuestros nietos. Aquí y ahora, durante su primer concierto español de 2004, a eso de la medianoche, Dylan volvió a preguntarnos aquello de cómo se siente ser como una piedra que rueda. La respuesta es la misma de siempre: mejor imposible. —

— RODRIGO FRESÁN

## POESÍA

### Un héroe de nuestro tiempo

La realidad, tan dúctil, tan olvidadiza, supera siempre al que espera, y el tiempo juega en contra del que está caído. Es muy cierto el refrán que dice “A perro flaco todo son pulgas”. La actualidad es un arma de doble filo en manos aviesas y los casos que no gozan de una inmediatez sangrante quedan lejos del interés de los medios. Ha pasado ya casi un año y medio, quince largos meses, desde que el poeta cubano Raúl Rivero, junto a 72 compañeros, fuera encarcelado por el régimen castrista. En esta hora Rivero está ingresado en un hospital penitenciario, convaléciente de enfisema pulmonar —fruto de su decidida afición al tabaco de la isla— y de neumonía —fruto de las terribles condiciones en que lo mantiene su decidida afición a la libertad.

Raúl Rivero ha hecho un viaje al

revés: si en la juventud vivía en los alrededores culturales del Estado, cerca del poder —fue agregado cultural en la Unión Soviética, secretario de la UNEAC, amigo de N. Guillén y de tantos otros—, los años en cambio le han hecho joven, acentuando su sentido del compromiso con las libertades públicas —léanse las deliciosas crónicas de su libro “Sin pan y sin palabras”— y haciéndole denunciar las atrocidades de un régimen de opereta que mantiene secuestrados a varios millones de cubanos. Este cambio de actitud vital, este viaje al revés, esta fidelidad a sí mismo, es en realidad una expresión de amor a su tierra: un país que se ha resistido a abandonar, aun cuando todas las circunstancias le invitaran a hacerlo. Pero en Cuba intentar ser libre es condenarse a veinte años de prisión.

Yo lo puedo decir aquí porque sé que a mí no va a pasarme nada: vivo en un país libre y democrático, y el Estado vela porque yo conserve mis derechos. Raúl Rivero, en cambio, ha jugado fuerte —personal, que no políticamente— en un Estado cuyo aparato represivo trata, por encima de derechos y deberes, de perpetuar el poder. Aun así, a los eternos bienpensantes de nuestro entorno les siguen pareciendo justas las doctrinas que intentan dar un fundamento jurídico a aquella demenciada situación, como esa premisa constitucional (basada no sé si en Batista o en Robespierre), verdadera piedra angular, que dice: “La revolución es fuente de derecho.” Los que tenemos familiares o amigos inocentes en aquellas negras cárceles, también sabemos lo que eso significa.

En un curioso juego de censuras y cesuras, Raúl Rivero ha podido sacar fuera de la cárcel los poemas —magníficos— no políticos que de vez en cuando escribe entre las húmedas paredes de su celda. Bien puede decir que sus versos han ganado en hondura: a ello no es ajeno el pozo en que está metido. Hoy, sin embargo, entre tubos y mascarillas —si las hay—, intenta recuperarse para nosotros y para la poesía de una enfer-

medad contraída por las condiciones de vida en que, como a muchos otros, lo obligan a vivir. Seguramente, el comensario político de turno (¡qué palabras creímos desterradas!), a la cabecera de la cama, estará, como en las viejas películas, intentando convencerle de las bondades del régimen, diciéndole lo que el ciego le decía a Lázaro sobre el jarro de vino: “Mira, Lázaro, aquello que te enfermó ahora te cura y da salud.”

Pero al contrario que Lázaro, Raúl Rivero no ha consentido una situación indigna desde la que medrar a la sombra de los poderosos. Por eso son tantas las sombras que lo atenazan. Y es que la enfermedad de Rivero, por un raro paralelismo tan propio de sus versos, es también la enfermedad de su país: una asfixia paralizante. Recuerdo los tiempos, aún no muy lejanos, en que se hablaba de ese mal que era la fuga de cerebros. ¿Qué diremos de un régimen que no sólo los desdenna, sino que los destruye? Hay un autor ruso de la primera mitad del siglo XIX, M. Lermontov, que escribió una novela de título bellamente irónico: *Un héroe de nuestro tiempo*. Pechorin, su protagonista, es un aventurero sin esperanza, un ser que vive entre el cinismo y la melancolía. Mejor que Lázaro, y también mejor que Pechorin, conservando su luz en medio de la oscuridad que le rodea, eso es Raúl Rivero: un héroe de nuestro tiempo. —

— JUAN MANUEL G. ZAPATERO

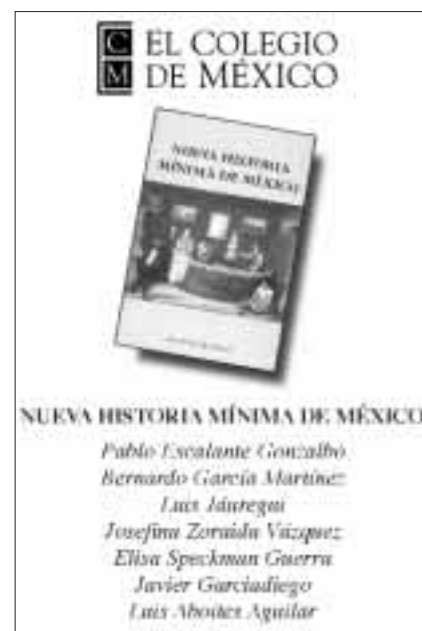
## NARRATIVA

### *Rosas negras*

Nunca supo cómo llegó ahí. El día en que murió, Bernabé Góngora comía un *ossobucco* en el restaurante La Flor de Hamburgo, en compañía de su esposa y otros comensales, mientras hacía bromas y escuchaba los vales que interpretaban tres músicos en una esquina del local. A punto estaba Góngora de pedir a uno de sus acompañantes, el doctor Murillo, que dijera un brindis, cuando sintió un dolor intem-

pestivo en la nuca, agudo y frío como un punzón largo, y algo estalló adentro y afuera de él, sin darle tiempo de preocuparse o de sufrir. De repente se sintió enorme, volando en pedazos: cada pedazo suyo era él al mismo tiempo, y ocupaba distintos lugares y podía ver todo el restaurante, por arriba, por abajo, desde diferentes ángulos. Después se comprimió y comenzó a ascender a gran velocidad. Lo que seguía siendo Bernabé, a pesar de esta transformación, gritaba desavorido al acercarse cada vez más al gran candelil que iluminaba el lugar, temiendo que la materia que ahora lo conformaba se estrellara contra el techo altísimo, o quizá lo llevara más arriba, al mismo cielo, de una manera vertiginosa. Pero Bernabé no viajó al cielo ni a ningún lugar, sino que blandamente se detuvo entre las velas de cristal con forma de merengue de la gran araña que iluminaba el restaurante y su pedrería que reflejaba la luz, como si la energía eléctrica lo hubiera atraído o se hubiese fundido con él. Bernabé gritó y sintió que salía de él algo similar a una voz.

Nadie lo escuchó. Debajo de él, la música se había interrumpido. Los meseros acudían con distintos brebajes a reanimar su cuerpo derrumbado sobre la mesa del restaurante, el cual, con el



traje negro y volteado ahora boca arriba por varios brazos diligentes, parecía el de un enorme escarabajo que lo miraba con los ojos fijos. Sibila, su mujer, le había ya aflojado el corbatón y le daba unas palmadas en las mejillas que al Bernabé de la lámpara le parecieron, quizá, poco cariñosas. A su lado, sus amigos los doctores Bonifacio y Murillo extrañan los instrumentos de sus respectivos maletines. Cuando lo auscultaron, la clientela del restaurante, de pie, guardó un silencio entre atemorizado y respetuoso. Sólo una señora no pudo resistir y tuvo que correr al tocador a vomitar. También Bernabé contuvo su raro aliento; primero quiso que rezaran por él, pero al ver al doctor Bonifacio extraer la jeringa del maletín, cuyo cartucho de goma llenó con el líquido verdoso de una botellita, se llenó de esperanza de que el piquete lograra el efecto de pegar su ser a aquel cuerpo que no terminaba de reconocer como el suyo, tan desguanzado, tan grande le parecía en compara-

ción a la idea que el espejo le solía dar de sí mismo cuando se vestía en las mañanas. Casi estuvo seguro de que despertaría de nuevo con ellos para poder contarles esta experiencia metafísica, pero nada logró la ciencia; Góngora permaneció en el candelabro y el escarabajo negro siguió yerto encima de la mesa, entre los platos comidos a medias, las copas volcadas, la salsa bernesa de los filetes y una carlota de rompopo que acababa de llegar, hasta que el doctor Murillo lo cubrió con un mantel de cuadros rojos que le había facilitado el capitán de meseros. Al cabo de un rato, unos mozos depositaron en una camilla el corpachón preparado como para un almuerzo campestre y ante la presencia del desolado espíritu de Bernabé Góngora, los médicos se lo llevaron para siempre. También se llevaron a su esposa Sibila como a un perrito abandonado. De haber sabido que el verdadero Bernabé, o lo que él consideraba quizá su persona, se encontraba encima de sus

cabezas, Sibila no se hubiera ido. O quizá sí, dudó Bernabé. Hasta un trozo de espíritu era capaz de guardar toda clase de resentimientos, odios y rencores, y el de Bernabé Góngora, por más que entendiera que él hubiera caído en el mismo error de confundir el cuerpo con el ser, en ese momento no pudo evitar detestar a todo el género humano, incluyendo a su esposa, sus amigos, los meseros y los músicos.

Así siguió el fabricante de salas, comedores y recámaras de la pequeña ciudad de San Cipriano preso en la lámpara, convertido en una especie de gas desolado. A ratos lo acometía la angustia, pero entonces era como si todo él fuera un pedazo de ansiedad fría, que no tenía poder para mover, ni para hacer que se expresara de ninguna manera, ya fuera melancólica o violenta. Al cabo de un rato, pasada la conmoción por su fallecimiento, los músicos guardaron sus instrumentos y la misma clientela a la que él había creído gritar “¡aquí, aquí, estoy aquí!” pagó sus cuentas sin oírlo jamás y salió consternada del restaurante. Los meseros, entre comentarios y elucubraciones sobre lo sucedido, terminaron de recoger los platos, las copas, las salseras a medias, las migajas y los palillos de dientes, amén de limpiar no sin asco un poco de sangre que se derramó por el golpe en la cabeza que se había dado el occiso al caer. Luego apilaron las mesas y las sillas en un rincón, y poco después se hizo de noche. Entonces Ambrosio Pardo, uno de los meseros de La Flor de Hamburgo, se dispuso a apagar las luces. Bernabé Góngora, que ya había intentado de mil maneras ser escuchado a pesar de la materia que lo constituía, tan evasiva, entramada en el molesto resplandor del gran candelabro, deseó sinceramente un poco de oscuridad. Pero ni siquiera tuvo tiempo de agradecerlo: el joven oprimió simplemente el botón y, como si fuera una de las velitas de cristal con apariencia de merengue, lo apagó también a él. —

— ANA GARCÍA BERGUA

Adelanto de la novela *Rosas negras*, de próxima aparición (octubre del 2004) bajo el sello de la Editorial Plaza y Janés, de México.

